



Manuel Gahete Jurado

Antología poética

Índice

Nacimiento al amor
Terrible azar
Polen negro
Diálogos
Nadie es
Manuel
Los días de la lluvia
Icaria
[Déjame ya vivir]
Credo
El sueño de Ícaro
Mayo
[Y puestos a volver]
[Buscar la luz]
Capítulo de fuego
[Ya, ígneo Dios, venías con cítaras y yáculos]
[Sangro como una fuente por todos los rincones]
Éfeso
Esmirna
Tempus fugit
Mudo testimonio
Confesión

Súplica
Reencuentro en el sur
Vocación de ser
Contrapunto
Epílogo de amor
Confesión final
Alba de lava
[Como si de repente el alma sólo fuera]
Nacimiento
Pubertad
Campamento de verano
[Ven, pájaro cristal, luz, estameña]
Crepúsculo de sangre
Ángel pagano
[No presentí la muerte. Era tan joven]
Alfahombreomega
Eucaristía
Lenidad de hierba
¡Y tu palabra!
Esta mañana
[Ya se advierte el silencio de tentáculos rojos]
Memorándum
Íntimo cuerpo
[Ved que me hirió la sangre con un bello legado]
Razón de la alegría
Apocalipsis
Eterno retorno
Díscolo idioma
Urgencia
Clamor del paraíso
Ella
Razón de ser
[Para ti este poema de amor inacabado]
Deseo
Hijo de mi razón
Al infinito
La región encendida
Epístola en Drimad
Noche oscura del cuerpo
Lección de almatomía
La azul palabra de los días
[Acaso no percibes]
Vitral
Lenguajes
Testamento de amor sobre las playas de Baética
Amor más poderoso que la vida
Elegía plural
Rival
Llueve
Ruleta

Émulos de Kandinsky
Tiempo sin voz
Recíproco abandono
Trasluz en negativo
Máscara
Naufragio
Ciego discurso humano
La música callada
Hombre solo
Marea
Canto del desposeído
Naufragio infinito
Mapa físico
Anónimo
Amigos
Retribución
A traición
Nocturno
Aprendiz de sabiduría
Regreso a Asipoe
Señas de identidad
El peregrino
El legado de arcilla
Oficio de escribir
Juegos de azar
Jardín secreto
Materia y forma
[Al amor, al dolor has venido]
[A riesgo del amor, aunque me mate]
Manifiesto
Credenciales
Ícaro

Índice alfabético

A fin de cuentas
A riesgo del amor, aunque me mate
A veces sólo siento que la vida
A veces, hombre, olvidas
Acaso he de buscarte, dulce amante tristísima,
Acaso no percibes
Ajeno a la palabra que te nombra o te busca,
Al amor, al dolor has venido.
Ángel pagano di qué piedra lesa,
Aquí y frente a mí a barlovento,
Aún pungen los restos de aquel naufragio íntimo
Aunque haya cuerpos transparentes
¡Ay, muerte, muerta seas, malandada!

Buscar la luz
Camina un hombre solo, desatada
Como la tierra moja las raíces
Como si de repente el alma sólo fuera
Con pie de barro -y barro hasta la hartura-
Creo en tu amor.
Cuando calla la boca
De la sed ofendida con que atendí tu boca,
De lluvia en lluvia el hombre
Deja crecer tu sangre,
Deja que me diluya por tu espalda
Déjame ya vivir,
Deshabitado vivo
Desnudé, al conocerte, en mis venas,
Dime tú,
Dime, Dios,
Ella camina en sombras, ciega a la luz, y ríe.
En ti hemos aprendido la lengua de los pájaros,
Es atrevido y no conoce el miedo.
Escribo ser como si escribo nada,
Escucha, dime, ven.
He salido a la calle
He vertido mi sangre sobre el puente de un río
Hoy dejé de rezar. Y me da miedo
Hoy has nacido igual y tan distinta,
Hoy me cuesta entender que mis amigos
Hoy tampoco he podido airear estas alas,
Huir al sol del sordo laberinto,
Llueve desde mi corazón hasta la herida
Lo sé, mujer. Lo sé cuando acaricias
Mi corazón se rompe
Nací varón. Un nombre me colgaron
No presentí la muerte. Era tan joven.
No profanéis su voz, tan nueva y fresca,
No sé soñar, no sé.
Para ti este poema de amor inacabado.
Pides audiencia.
Pondré mi corazón encarrujado
Presiento que, de nuevo,
¡Qué sencilla es la muerte de las cosas humildes!
Que tú me digas que ese niño nace
Quiero creer que el hombre no es sólo un puño negro,
Quiero decir
Quiero decirte: Ven
Realmente nunca sabes cuándo llega la noche.
Rota la luz del sol sobre la espada
Sabes que el nacimiento duele más que la muerte.
Sabes que me has herido,
Sangro como una fuente por todos los rincones,
Se ve más claro, Dios, ¡oh, dulce espada!

Sentí la soledad irse enroscando
¿Seremos otra vez como aquel beso
Si me amas proclamo
Si un día se nos apaga sobre el amigo roto
Sí,
Sí, tiemblo, sí. No miento más. Renazco.
Siempre espero la garra abierta por la herida,
Sobre tu piel renazco. Mi debelada fuerza
Sólo el mar saber el nombre
Sólo el tiempo reserva la memoria del hombre,
Sólo tu vientre temblará y entonces
Soy de los que han buscado
Te derramaste azul sobre mis ojos
Tiempo y silencio. Voz cuanto más mía
Todo arde en el fuego:
Tu férula de sangre me conmueve
Tú lo sabes, Manuel, sabes el nombre
Ved que me hirió la sangre con un bello legado
Ven a mi sangre ahora.
Ven, pájaro cristal, luz, estameña,
Vine dispuesto a amar sin condiciones,
Viviendo la inefable costumbre de olvidar
Volvería al susurro dorado de la tarde,
Volviendo al infinito.
Voy a vivir. Sabedlo. Removed las arenas.
¡Vuelve a mí! Tu mirada sentida como espina
Y puestos a volver
Y tu palabra, como mar herido,
Ya se advierte el silencio de tentáculos rojos
Ya, ígneo Dios, venías con cítaras y yáculos,
Yo creé mi poema completamente roto,
Yo vine al mar, al sur, a la intemperie,

Nacimiento al amor

Terrible azar

No sé soñar, no sé.
¿Cómo me siento, pequeño y apocado,

sin una luz que atarme a la memoria,
sin unos ojos firmes que desguacen mi llanto?
Lo reconozco, sí, sufro de besos
que nunca han entendido mi tristeza,
que, aleteando pájaros de olvido,
desgarran el enojo de mis mil y una muertes.

No sé vivir, no sé
y las cenizas con vocación de ser a lo infinito,
como dedos de arena me arrebuja.
Gritar grité y en ese ronco aullido
desempolvé un cadáver trasegado en mi pecho.
Pueril manzana rota entre los labios,
extremado coraje saeculorum
tendido siempre al sol desconocido.

No sé, no sé
que visto frente a frente
mi espejo me escupía como una sombra
de verme tan desnudo y no morirme.

Polen negro

¡Qué sencilla es la muerte de las cosas humildes!
Un glauco fuego oscila de los húmidos seres
al desdén de los dioses.
Vals de escotes marcados y perlas como dientes,
van y vaivén, vals vacuo, volcán de vanistorio,
despavorida risa, belfo loco, murmullo,
trepidante susurro como lengua de galgo,
un niño como urgencia, homo homini lobo.

Atrás el siglo XX, como harapo de tarde,
una tendida tarde con la piel desgajada,
ardida como espacio.
Desde mí desde dentro, en vísperas del odio,
alferraz de la noche que tiende fauces largas,
acentos acabados de trirremes antiguas,
de carolingias naves por abatir las frondas de tu nombre.

Ya no hay hombres voraces o atroces como águilas

porque todo se hace de puntillas, sin golpes,
ya no queda una lágrima, ni una feble caricia,
ni un alción como arcángel
que aúne mansamente la leche de los besos.
No es inútil tal vez la pesadilla
o el insomnio añado a las raíces
cuya terne abscisión tamaño entiendo.
Hoy llueve un manantial. Orvalla el hombre
acangallado. Voy a la semilla,
a esta tierra arrastrada a la columbre,
a la angustia letal de los andenes,
a los trenes gargantas de sal y de cadáveres.
Sigue siendo sencilla, tan sencilla la muerte
que nos parece estéril, costumbre, rutinario
un grito o un suspiro, un gesto por su nombre.

Diálogos

Yo creé mi poema completamente roto,
deslavazado en sangre peregrina.
Yo creé mi poema,
el poema de novia de una nieve movida,
de una primeva madre,
de un roce de dos bocas,
de un estallido hueco al pecho o al soldado.

Yo creé mi poema
y otros hombres atrépticos y hembras amuladas
devoraron sus lletas y sus peces y pájaros.
Porque sentí el amor atrafagante
y con él cada álamo del río
y cada joven ala y cada niña
y cada luna álfica... Perdona.

Yo quisiera, quisiera... (Ven, descansa)
cuando los grillos quemén la impaciencia
de mis cabellos negros
o mi cara
de flor de pergamino
que la línea del pubis se componga
porque nunca parezca que el hombre se repita.

Nadie es

Y yo habré muerto entonces y será primavera.

Ricardo Molina

Tú lo sabes, Manuel, sabes el nombre
de tu tierra nesgada en el olvido
como cadarzo roto hasta los dientes,
atarazana estéril del olivo.
Será el año más largo de la noche,
la garra como pica de enemigo
acezará la tarde como buida
beso traidor o aroma escarnecido.
El barro como perro escupe plata
sobre un deseo de carne reprimido
y hasta el aliento cruje por el ansia
de la sangrante lengua de un cuchillo.
Tú lo sabes, Manuel, tal vez ya muerto
escarbarás el musgo lenticado
y te florecerán rosas del vientre
porque habrás muerto nata como un niño;
y es que tú eres tan tierra como el polvo
y tan sueño de lluvia como el vino.
Cuando hayas muerto, entonces, sólo entonces
y sea primavera en el camino.

Manuel

Aquí y frente a mí a barlovento,
en un labio metal de sol ardiente,
airón sobre el bajel, luz inconsciente,
ardes como papel, máncer del viento.

Y arde como papel el sentimiento,
la razón como iceberg, carne algente,
la idea como azar, cangro doliente,

y el corazón sin sangre en un momento.

Aquí y frente a mí, en esta tierra,
un agujero negro de la sierra,
donde nació, Manuel mi nombre ha sido.

Dura accesión de cardos y beleños,
mezcla fetal de espinas y de leños,
pólvora y fuego el sueño que he vivido.

Los días de la lluvia

Icaria

Huir al sol del sordo laberinto,
al eólico sueño de las aves,
como cingaro o yerba,
como polen de anémona o galanto.
Huir al mar, al piélago de sombras,
desde la oscura cárcel abismada
con las alas de cera
por la orilla
del deslumbrado amor de los sauzales.
Huir y arder en brasas esta carne,
esta piel de amaranto
que respira
un fuego fatuo rojo y fluorescente.
Siempre es el mismo ardor,
la misma historia
repetida en pirámides cristales,
el mismo hervor,
la misma pesadilla,
creerse dios, celícola estepario,
y ser pigargo yerto sobre Icaria.

[Déjame ya vivir]

Déjame ya vivir,
déjame
-¡oye!-
 estallar núcleo azul sobre el poniente,
 ser moneda de nadie en luz y sombra.
Déjame ya olvidar el lábil labio,
 tu estructura de almíbar elodada,
 tus deltas de esturión.
Nunca has querido.
Nunca has querido darme el aguadulce
 o la muerte tal vez.
Nunca has querido.
Vine a beber y vine confiado.
(Yo pretendía tomar la vida en serio).
Pobre Kafka sin voz, padre de alondras,
 náufrago en el cianuro recibido.
Vine por ti
 ¡qué ecos de escritura!,
 qué pies de huellas nunca perseguidas!,
 qué epílogo de amor!
Vine a tu cuerpo,
a tu taimado corazón de gárgola,
a los huecos que amaba
tal vez
mi carne antigua.
¡Qué negra está la luz!
 ¡Qué ojos acechan!
Qué sínodo de pájaros en llamas
 crepita en la catarsis de los árboles!
Qué diente de animal esta buscando
 los pulsos de mi voz!
Ya no es posible.
Ya no serás maravillosa nunca.
Ya no seré feliz.
Ya no deshojes
 los pétalos de anís de las magnolias.
Ya no.
De tantas ansias coheredero
 no ha de soñar el gesto con tu alquimia
 ni con el beso rojo de azafranes.
Me moriré en el mar.
 ¡No lo sabías!
Juré entregarme ayer
 si no me amabas
al agua agraz del dios Mediterráneo.

Credo

Quiero decir

es frío este mar tan ausente
y díscolo y nocente el sol del horizonte.

Quiero decir

tus labios, la última palabra,
las quedas golondrinas de un invierno de muerte.

Quiero decir

yo sufro, suscribo mi tristeza,
este aguijón de sangre, fulgor del tiempo amado.

Quiero decir

yo tiemblo y llevo un hombre en vilo
y he de gritar más alto aunque así cunda el miedo.

Quiero decir

la daga que atraviesa mi vida,
esta espita de gases que estraga en mis pulmones.

Quiero decir

me templas reclinada en mi espalda,
asiendo así los goznes de un espíritu torvo.

Quiero decir

Ignoro y callo, hasta me olvido
del rencor y del agua amarga de mis versos.

Quiero decir

ahora tu nombre, pronunciarlo
como vocal espuma, como lava o ventalle.

Quiero decir

existe la mística del barro,
el óxido en el oro, esas horas falaces.

Quiero decir

anuncio corazones de plata
y agoreras palomas de la muerte transidas.

Quiero decir

reviente el mar de cobre y surja
del cieno de los peces una boca que clame.

Quiero decir

yo amo las márgenes y el plomo,
aunque sé que es mentira, por parecerme al hombre.

Quiero decir

tú tienes en tus manos mi cuerpo
y bebes de mi sangre aunque nadie te exculpe.

Quiero decir

no entiendo el vino desangrado
ni la carne convulsa ni el cuchillo en la sombra.

Quiero decir

yo amo, se me quiebran las alas.
Yo amo y os lo digo y que Dios me perdone.

El sueño de Ícaro

Yo vine al mar, al sur, a la intemperie,
a los aires alciónicos y al vino.

Yo vine, carro o astro de mil leguas,
con este roto amor como equipaje.

Yo vine hasta el lugar del sortilegio
desde un fuliginoso mar de alambres
con los labios salobres
y las alas
en rudos desgarrones de coral y vinieblas.

Yo vine al mar, al sur, a la intemperie
-la simpasión de asfalto y nicotina-
eternamente solo,
eterno y solo anclado en el camino.

Yo sólo un cuerpo soy, ésta es mi carne,
haced de mí alimento de los pájaros.

Mayo

Sí,
todavía es mayo
y es cimbel
y es promesa subtáctil
y es mandrágora
y sigue amenazando el cristal de los pájaros del río
con romperse,
con preñarse las semillas del trigo,
porque es mayo
y mahieres
con ojos incendiados en el temblor de las arenas.

Todavía y siempre juega Amor a ser niño

revoltoso del aire,
diablillo en las cavernas del clamor o el silencio.

Todavía es mayo
y existe nuestro amor como oportunidad de no morirse.
Todavía y siempre
y siempre, siempre, siempre...

[Y puestos a volver]

Y puestos a volver
¡qué nos importa!,
qué nos importa el alacrán del miedo,
qué el arpegio en las alas del olvido,
qué ese hayedo de ayer en que expiramos.

Si has de volver
¡qué nos importa todo!,
qué importa que mi piel sea como un surco
la cicatriz ahora sabe a beso.

Si has de volver,
si vienes del naufragio
con el adiós al mar definitivo
y sartas de corales sobre el pecho

¡ven!

no quiero saber la noche oscura
ni qué perdón titila
ni qué labios.

Si has de volver
no pienses en mis ojos

quemados de amargor.
¡Qué importa el tiempo!

Si has de volver
entrégate sin treguas.
No hables

loco amor

no importa nada.

Si has de volver
(¡Será maravilloso!)

Si has de volver
aquí tienes mi cuerpo.

[Buscar la luz]

Buscar la luz
no es más que desearte,
no es más que traspasar tu carne densa,
avivar el deseo de lo no percibido,
las acequias de fuego donde sucumben siempre
las últimas palabras.

Buscar la luz
es verte diluida
en trance del amor,
ajena a estatua o diosa,
es seguirte las huellas herbáceas y maduras
de una tierra agostada que palpita y que besa,
de una tierra agostada preñada en sus raíces
con feraz alimento para bocas que buscan.

Buscar la luz
es darme por entero a la vida.
No existe otra manera de acercarme a tu espejo,
morada inexpugnable de los dioses
que temen
que en mi encuentro contigo sus oros palidezcan.
Es darme por entero
o perder la partida,

darme a beber en sangre o vino
a quien me anuncia.

Buscar la luz
es siempre
avivar el deseo,
horadar en la carne como fúlgida espada,
taladrar piedras, rocas,
agrietar los cristales,
demolirse en espumas,
babelizarse en éter.
Es hundirse en el cosmos febrectante del sueño
donde afirma tu vientre el agua rescatada,
donde afirma la boca la verdad que no existe
más que en la carne muerta o en un acto de vida.

Buscar la luz
es darme por entero a la vida
sin lógica o razones,
en dura fe desearte,
desnudarme del cuerpo para arder en el tuyo,
cegarme,
redimirme,
ser el mundo en tus ojos.

Buscar la luz,
¡la luz...!
en este éxtasis
una oración desciende desde Dios a los hombres.

Capítulo de fuego

[Ya, ígneo Dios, venías con cítaras y yáculos]

Ya, ígneo Dios, venías con cítaras y yáculos,
trueno o lluvia nupcial sobre mi vientre,
catarata sin fondo, a irrogarme de fuego.

Era mi sangre, al fin, la nueva raza,
bramando como un toro por el pecho del mundo.

[Sangro como una fuente por todos los rincones]

Sangro como una fuente por todos los rincones,
en todas las criaturas del mar y de la tierra,
por el fuego y el aire, en todo lo que hay de ellos,
con una inmensa haga inmarcesible.

¿Acaso es que tu amor cuando nos hiere
no admite a medias el dolor de amarte?

Éfeso

Ya vuelve el mar undoso.
Ya vuelve trashumante.
Ya abatido o batiente.
Ya vuelve y me derriba.

Corzo indócil
que lame mi cuerpo por la arena,
que tronza remontando mi carne en soledades,
que abre surcos de sangre, de amor sobre la herida.

Vuelve el mar devorando con ansias milenarias
humedades
y
besos
panes
peces
y
pájaros.

Sólo el mar sabe el nombre,
el nombre de los tactos letales que nos rozan,

el nombre de los fuegos o tueros abrasados.

Ya vuelve el mar ungido
por ícubos y ángeles
a mi cuerpo de bronces
de púrpuras penínsulas
con voces abarradas,
con tempestad de hembra,
en vivo ardor los labios,
con idiomas agrestes.

No ha de existir un palmo de tierra que no arda
ni un agua de azahares que no florezca en oros
ni una lengua que calle
ni nieve sobre nieve.

Sólo el mar sabe el nombre preciso de las cosas.

Conoce los arcanos en que vibra la noche,
la cábala del miedo,
el tósigo abrasivo de un beso de mandrágora.

Ya vuelve el mar
punido
pungente
trasminado
con debeladas lobas y náyades de olíbano,
en fulgor de relámpago,
en cúspides de humo.

Vuelve el mar a mi cuerpo,
a un cuerpo de ansiedades,
a mis venas en ascuas, sollamadas orillas,
a este mundo sin ecos ávidamente niño,
a otro mundo sin voces felinamente humano.

Sólo el mar saber el nombre
el nombre que me callo
el nombre de las cosas sencillas
que no vuelven.

Esmirna

Cuando calla la boca
también el corazón zurce su miedo,
su forma de ignorancia.

Mis labios ateridos, como peces de aceite,
beben aljez y cieno.
Contra mi pecho irrumpe, estalla una mentira.
Belfo loco de sangre tu boca en mi garganta.

Huele a tierra mojada. El agua crece
con luciérnagas. ¡Ven! ¡Agita ramas! Caen las cúpulas.
Brincan como toros
doncellas de ondas rojas sesgadas de sus alas.

Ondeó mis banderas.
Me sumo al sacrificio por llegar a ser hombre.
Me sumo a los nacidos ángeles de las sombras.
Mira, Dios, qué gehenna, qué noche de corceles.
Fulge el tiempo en la sien. Mi voz vacila.

Cuando habla la boca...
Lenguas desaforadas de incasto surco bífido,
litigio en que los labios huellan y besan vientres,
boca contra quien lucha la espada de mi boca.

Tempus fugit

Todo arde en el fuego:
mis huellas en la arena,
los cálices de oro y plomo derramados.
No hay espuela sin hombre.
En el lago del fuego vibra como una espada
un deseo acezante de carne y de madera.

Todo arde en el fuego
esa voz rescatada que de las simas fluye,
lengua agraz devorada, quizá devoradora.

No hay temor que no espante.
No hay amor que no duela.

Todo arde en el fuego:
la diáspora de sangre,
el maná del amor pisoteado,
el eco que pronuncia mi nombre en los calveros.

Todo arde en el fuego.
Mordida va la sangre de los héroes.
Mordido un corazón letal estalla.

Todo fluye en ardiscas de símbolos amados.
No seremos mañana más que olvido.

Mudo testimonio

¡Vuelve a mí! Tu mirada sentida como espina
o brisa te inaugura. Augura la llegada
de los lábiles labios como un ciego designio:
el mudo testimonio de Dios y su voz álala.

Me devuelves al centro, al culmen, al origen,
a los ojos ungidos de amor en la retama
y no puedo alcanzarte cuando tu voz se aleja
como una nave oscura y hacia el ponto naufraga.

Todo lo que creaste fluye como la lava.
Todo lo que creaste se me crispa en las manos
como un miembro transido, como rotas aliagas.

¡Cómo hubiera querido que tu amor me colmara!
Todo lo que creaste para mí, en un segundo,
se ha tornado negrura, vacío, apenas nada.

Confesión

Quiero creer que el hombre no es sólo un puño negro,
una vinta de sangre velejando en la sombra
un crepúsculo rojo por donde el sol revienta.

Quiero creer, creerte, amar y perseguirte,
abrasarme en tu cuerpo como papel ceniza,
como harina en el horno, como rosa de ásaro.

Quiero creer -¡lo sabes!-, cuerpo nocturno frío,
en la lírica nueva que pronuncie la muerte
por que un ángel esparza mi fe sobre la tierra.

Súplica

Escucha, dime, ven.
Todos los hombres
yacerán si tú yaces.

Escucha, si vinieras
cabalgando el vaivén de la costumbre,
luminaria en la eterna latebra de mi espíritu.
Si vertieras la savia del mar en mis caderas:
un lívido alimento,
un ígneo simulacro.

Ven que tal vez los ojos ensoñados se alumbren.
¡Oh, si vinieras, sí
desde lo antiguo!
Como un halcón gigante.
Como una llama áurea entre la noche.

Ya no soy yo sin ti.
Si tú vinieras.
¡Oh, si vinieras, sí
desde la orilla!
Con un hijo del sol entre las sienas.

No se oirá más que tú
que si regresas
amor traerás sangrante entre los labios.

Reencuentro en el sur

Siempre espero la garra abierta por la herida,
el deseo inflamado donde acudir al beso,
la sonrisa caliente del labio de los hijos,
las rojas amapolas desde mayo a mi sangre.

Vuelvo y vuelvo al recuerdo de las tardes gastadas,
a las rejas y arados de los fríos inviernos.
Vuelvo al roto eucalipto que guardó mi memoria,
a ese vino embriagante del amor que no espera.

Siempre espero y espero a estar desesperado
y vuelvo a estos caminos que entramaron mi nombre,
que nunca he conocido tan bien como quisiera,
que se volvieron viejos y sordos a mi olvido.

Miro al andar al hombre con los ojos cansados,
con esta misma imagen y a semejanza mía.
Al hombre que en silencio me mira y no conozco,
que se quedó esperando mi mano en el espejo.

Vocación de ser

Soy de los que han buscado
-o, al menos, lo he creído-
un lugar en la tierra.
No sé si he fracasado sobre una tarde amarga.

Devoré con mis dientes alcornoques bornidos,
encinas, pinos, fresnos, robles y cornicabras,

acebuches, lentiscos, arrayanes y urces,
labiérnagos, torbiscos, piornos y cantuesos.

Quizás cuando mordía mi pan junto a las bestias
vertí néctar de odio. Quizás sin pretenderlo.

Ablandé las espuelas cuando me fue posible.
Sólo besé los labios que su piel me ofrecieron
y no di más limosna por temor a la ofensa.

No pronuncié más nombre que el que me dio la vida.
Ahora ya no tengo más vocación que amarte.

Contrapunto

Mi corazón se rompe
en todas las retamas
de tu vientre de monte, de tu carne de encina
y adviértese su prisa por auparse en el alba.

Espuma de tus labios,
mi corazón se enzarza
con el mar a arrancarle
espinas a tu alma.

Mi corazón se educa con el beso caliente
de tus labios en brasas
para aprender a amarte,
para escanciar un vino de uvas en tu cara.

Mi corazón se cuela
con todas las palabras
que quedaron sin nombre
a través de tu cuerpo, por todas sus entradas.

Epílogo de amor

Sobre tu piel renazco. Mi debelada fuerza
ergógena, insistente se vuelve a reclamarte.
Tañes en mis oídos la cántiga más triste.
Mi cuerpo es a tu imagen, átomo de tu cuerpo.

Te reconozco apenas. El beso de tus labios
parece remozarse como una fruta joven
sobre mi piel de invierno. Apenas me conozco,
me reconozco apenas espasmo de tu beso.

Por devolverte intacta tu prístina alegría
yo tronzaría mi vida, la rompería en añicos,
haría de mis ojos sarta para tu cuello.

Y negaría mi nombre si con ello olvidaras
la cicatriz o lágrima que agraz ajó tu vida.
¡Te cambiaría ahora mi vida por tu sueño!

Confesión final

Sí, tiemblo, sí. No miento más. Renazco.
Cabalgo bronces, brújulas, acentos.
Vibro en el seno dulce de mi amada.
Me desconozco. Esparzo mi semilla.

Sí tiemblo, sí. Me malvendí. Pretendo
reconquistar la albura. Los colores.
La mística en la cimbria del silencio.
Las vocálicas ansias de mi boca.
El pájaro de sangre por mi vientre.
Mis alas que ya buscan
un ardido retorno en que ocultarse:
latebra entre tus manos que amanecen
sobre el tálamo dócil
cuando acude la luz a tu cintura
y sacude en el vértigo
una espiga de plata
la oropéndola.

Sí, me estremezco. Tiemblo. Me complazco.
Abro mi corazón a la simiente.
No juzgo mi pasado. Voy de paso.
Voy con el prisma urgente del deseo,
con mis dedos de fuego a los rincones.
Hurgo en los arrabales.
Urge una paz que alivie las heridas.
Vislumbro la esperanza en un otero álgido de espumas.

Me arranco el corazón ya semillado.
Yo soy el que persigue los corales.
El que busca tu piel. El malherido.
El que clama en las plazas por si el viento retumba,
por si el hombre se olvida
de nacerse otra vez y no se arroba.
Yo soy el que mahiere cada fibra de fe por donde vagas.
Quien aprieta los labios contra el muro tensado de tu pecho.

El que desnudo implora una caricia
y tañe la dulzaina de nuestro amor cumplido.

Tiemblo porque he de ser en luz y sombra.
Tiemblo ante ti y tiemblo ante los hombres.
Tiemblo ante Dios y tiemblo ante la muerte.

Alba de lava

[Como si de repente el alma sólo fuera]

Como si de repente el alma sólo fuera
un pájaro de sílex, una piedra en el aire,
y el corazón sin dunas, de su alcor desprendido,
buscara sus aviesos luzbeles en la noche.
Como si de repente las égidas del agua
fueran devoradores jaguares de silencios
y frágilmente hendieran con sus uñas hialinas

el pecho para abrirse camino hasta las sombras.
Como si de repente la luz que iluminaba
mis ojos se durmiera,
me descubrí. Era solo:
solo ante los espejos y los sueños de cáncer,
solo para la vida lamida de nostalgia.

Y así, virginalmente, con mis débiles manos,
he salido a la calle
desnudo, sin estrella.
Me he lavado los ojos
y he prendido en mi pelo
un sarto de ajaracas con nepentes y zinnias.

He sorbido la vida a lluvias, a pedazos,
en un río sin fondo.
Revisé mi costumbre:
esta dulce y demente vocación de mendigo.
Me apremió la locura, las eringes de arena,
tus besos en mis besos, tarántulas de nafta.
Y me fui derrumbando sobre tu vientre leso
sin tregua ni fatiga,
desesperadamente.

Nacimiento

Nací varón. Un nombre me colgaron
-etiqueta de lujo- junto al lecho
marcando identidad. Cuerpo deshecho:
mi piel y sus heridas desnudaron.

¡Oh, de qué nada de tu ser forjaron
los querubines mágicos mi pecho!
Sagaces sombras, alas al acecho,
mis ojos sus miradas auguraron.

En el espasmo roto, un dios aleve,
por el vecino río del pasado,
acariciaba sábalos de nieve.

Hasta este instante mismo llega el eco:
¡Ah, cuántas muertes en el cuerpo alado
desde el cordón umbilical al hueco!

Pubertad

Sentí la soledad irse enroscando
por los labios, los ojos, la estatura,
como un áspid sediento; y la locura
se avino al corazón descorazando.

¡Qué oscura intensidad me fue anegando
el alma, la razón y la cordura!
Qué lábil abrasión y qué amargura
resbala hasta mis ingles restallando!

Me descubrí desnudo como un potro,
hirviéndome la piel de arriba abajo,
histriónico, feral, gris, inefable.

Me fui conmigo mismo y vine otro,
perplejo, sin historia, cabizbajo,
con una seriedad inentrañable.

Campamento de verano

Rota la luz del sol sobre la espada
cortante de los negros atolones,
en ascuas de coral y de agujones,
se hundía por mi piel descortezada.

Y cara a la verdad más descarnada
jugando me aprendí mis dos lecciones:
Que nadie ofrece nada sin razones
y nadie es necesario para nada.

¡Oh, qué explosión de mar y amor ajado
burbujeaba astillas de beleño!
Colgado del rodapié del escarpado

el mundo parecía tan pequeño.
Un niño sin edad, desamparado,
murió sin maldecir su viejo sueño.

[Ven, pájaro cristal, luz, estameña]

Ven, pájaro cristal, luz, estameña,
sol sangre donde el rayo yergue un río.
Ven. Crece como amor o mar umbrío,
como caimán caliente, aliaga o leña.

Ven, vino, corazón, cantiga, alheña.
Ven a la sal de este dolor bravío.
Ven hacia mí, lunar lugar del frío,
a la lágrima agraz en que me sueña.

Ya ven a comulgar con este hombre
que, en el aire de brezos, se arrodilla
entre explosiones rudas de ignorancia.

Ven a resucitar el yerto nombre
que, con vidrios de carne, desorilla
un dios oscuro y roto de la infancia.

Crepúsculo de sangre

¡Ay, muerte, muerta seas, malandada!
¡Intenta ocultar que me zaherías
los ojos con tus lagrimas vacías.
¡Ah! Te conozco bien. No excuses nada.

Yo tiemblo ante el furor de tu mirada,
en los pechos colmados de agonías,
y te delato a luz todos los días
en cada rosa seca y socarrada.

Te reconozco - ¡sí!-, desde tu abismo,
recalcitrante en el motor trizado
donde la vida es fatuo silogismo.

¡Qué sólita lección sin voz me has dado!
Siempre creí que el mundo era yo mismo.
¡Cuánto tiempo de estar equivocado!

Ángel pagano

Ángel pagano di qué piedra lesa,
por frágil, por febril, grana en heridas,
en sangre, lava y plata confundidas
cuando unos labios oran y otro besa.

Di qué volcán, qué ser de boca aviesa
devora a las palomas ateridas
y escupe entre la arena demolidas
sus alas como grumos de agua espesa.

Di que no yaces. Más, alza ese plomo
que, en tus ojos, se traba anochecido.
Ángel, despierta ya, cáncer de cromo,

al abrasivo amor de un dios ardido.
Ángel amado dime, dime cómo
puedes vencer el miedo a lo vivido.

[No presentí la muerte. Era tan joven]

No presentí la muerte. Era tan joven.
Antes era un enigma, un aluvión de ácido en mi boca.
Siempre estuvo atentando contra mi amor, sin voces.
Cauta
como aguijón de víbora llamaba
silente a nuestras puertas,
y cundía la noche como cunde la risa,
saturaba mi pena como se calma el gozo.
No presentí la muerte. Ahora la presiento.
Acallo sus zarpazos,
 sus garfios y pestugas,
 sus invisibles garras.
Es que no soy tan joven.
Se agota poco a poco la cera de mis ojos,
los cirios coalescentes de mis labios de almíbar.
Apuro el nimio vino de los sueños que hierven
como saliva en agua, como volcán en humo.
Ya vienes a avisarme con tus besos de alquimia:
 eres tú, único rayo;
 eres tú, único río de orilla desbordada;
 tú, férvido aliado de mis días agraces.
No me siento un extraño,
maltrecho el corazón por las estriges,
en mil arpones rojos de escabullida sangre.
A veces fui yo mismo. Ya, qué importa.
Sé que voy a morirme
 y sólo quiero
jugar a trastos viejos del baúl con los hijos.

Alfahombreomega

Con pie de barro -y barro hasta la hartura-
trepida un hombre roto en esta hora.
Un dios mortal de siglos se incorpora
con una cruz gamada en la cintura.

Sangra su sien, su piel, su envergadura;
con gotas de sudor oscuro y llora
la angustia de vivir que lo devora
y el yermo corazón de su andadura.

¿Quién viene a recibir a este guerrero
después de defender con una espada

su tierra y su dolor con rojo acero?

¿Quién vela su creación? ¿Quién, su morada?
¡Oh, tú, la plenitud, el hombre entero!
¡Oh, punto cardinal! ¡Oh, ser! ¡Oh, nada!

Eucaristía

Hoy dejé de rezar. Y me da miedo
pensar que me he olvidado. De rodillas
rebusco en el arcén de las astillas
un poco de mi fe. Por mí intercedo.

¿Por qué ya no me palpas con tu dedo
mi llaga de dolor y de puntillas
te escapabas de mi lado y me acuchillas
un ciego corazón de aciago aedo?

Nunca podré alcanzarte, Dios de espiga.
Nunca me fundirás con fuego el pecho.
Nunca consumirás esta fatiga.

Me moriré en la sed de tu hermosura
con este amor de Dios varado al lecho
y sin remedio roto en mi locura.

Lenidad de hierba

Tu férula de sangre me conmueve
y me colma los ojos de tristeza.
Será que, en el lugar de la cabeza,
no tengo más que lágrimas, y llueve.

Será que, por sufrir, cuando remueve
el labio de la muerte su aspereza,

arranca al corazón una certeza
o acaso una verdad a un dios aleve.

Será que, por vivir en la penumbra
de rocas, de raíces y de ramas,
un beso sin clamor mi amor columbra.

¡Oh Dios de Eternidad!, ¿por qué me amas?
¡Déjame regresar a donde alumbra
un fuego destructor de ciegas llamas!

¡Y tu palabra!

Y tu palabra, como mar herido,
como pájaro azul en el paisaje,
se adentró en mi garganta y su estiaje
para engolfar un sueño desvaído.

Lene expirar de alientos y de olvido,
terne pasión de labios sin lenguaje:
al fin tu amor de lunas y oleaje
transió el dolor de un joven aterido.

Tu voz, ¡tu voz!, su trueno, su madera,
su reja por mi piel, su ciego acero,
un surco de embriaguez sin sangre labra.

Mudo ante Dios, que extático lo espera,
mi corazón varado en el venero
no sabe ya qué hacer con tu palabra.

Esta mañana

Se ve más claro, Dios, ¡oh, dulce espada!
esta mañana. ¡Dios! Mi amor colmado.

Las golondrinas beben derramado
el vértigo de luces de la nada.

Ser un velero al fin de la ensenada
es un castigo. Más, no haber amado.
¿Qué nace en este abismo iluminado
esta mañana, Dios, transfigurada?

No me arrepiento. Vivo. Me acreciento.
Me apoco. Vacío mis bolsillos. Siento
bullir mi sangre libre en otra mano.

Me desnudo y me visto de inocencia.
¡Llévame ya, Señor, a tu presencia
en el límite gris de cada humano!

[Ya se advierte el silencio de tentáculos rojos]

Como ella fue y volvió tú nunca vuelves.

V. Aleixandre

Ya se advierte el silencio de tentáculos rojos
adentrarse en tu sangre.
Sobre el mar anohecen sirenas
y se engarzan
en éxtasis
 penumbras y fulgor semovientes.
La tarde se disuelve como un sueño de escamas,
en un olor a orobias,
sobre un alud de sargas, de gaviotas y tierra.

He regresado solo, en pie, desde mi infancia,
a través de la espuma, las conchas, el cansancio.
En el rojo granizo del sol embravecido
fulguraron mis ojos
 en ascuas,
 en hogueras.

Salado el aire esparce tu cuerpo por mi cuerpo:
dos urentes palomas que se abrazan sangrantes.

Es lívida la aurora con su piel de agujones,
con su agraz dentellada de alacranes y espínulas;
ciego el astro que agita los dedos
de la noche
como un soez arcángel de flamígeras alas.

Te desnudas el cuerpo de lunas
por la arena.
El mar abre sus fauces de mandrágora tóxica
por mostrarte
 en su ocaso de lumen y ceniza
el dulce verticilo de su lengua gastada.

He vuelto a desearte esencial y sin horas,
fulgúrea,
extenuada entre ruinas elíseas.
He vuelto. Reconoce que no hay hombre más puro
en el beso,
 en el agua,
 en el tacto de amarte.

La Antilla -Huelva-, 1989

Memorándum

I

Sólo el tiempo reserva la memoria del hombre,
sus cálices sagrados, su dolor en la arena,
el amor -como fruto perenne de su pena-
trasvolado en un agua de vida que lo asombre.

Y sólo el tiempo asume su verdad y su nombre,
el dardo amarillento de su larga condena.
Espera que otro cuerpo trizado como avena

de la piel de sus labios otros besos escombe.

A los hombres nos gusta enlazar nuestras manos
a la luz de la antorcha, cuando nadie vigila
y todos somos uno: el fuego, hasta la sangre.

Comer el pan hermano que parten los hermanos,
amasar la esperanza que se yergue y oscila
hasta que una mañana la sombra nos desangre.

II

A los hombres nos urge revivir la pasada
estación de las luces que la muerte recobra,
hablar de nuestras ansias si es que el aire nos sobra
y arrancar cada día el trigo de la nada.

A los hombres nos cumple sortear la vaguada
donde el barco sin rumbo tercamente zozobra
y amansarnos el alma, dulce diente de cobra,
con la música rota de la lírica amada.

Es mirarlo a los ojos, devolverle un saludo.
No es difícil el hombre si se vive de frente,
cara a cara, en silencio, a sorbos, sin escudo.

Sólo pide un espacio de paz para sus hijos,
una mujer -no un ángel- sorbida lentamente
y un pedazo de tierra para sus ojos fijos.

Íntimo cuerpo

[Ved que me hirió la sangre con un bello legado]

Salve a ti la salvaje del paraíso abisal.
Salve a ti la Santa del yermo de las islas.

Odiseas Elitis

Ved que me hirió la sangre con un bello legado
y exultado proclamo la cántiga del vino.
Sabed que este libamen del amor
me ha colmado
los labios con aljófaro y miel en abundancia.
Tuve toda la lluvia con un río en mis manos.
¡Cuántas alas poblaron mis ingles de heredades!
Cuántas veces vibraron -arco indócil- tus himnos!

Tú reduces a polvo mi cólera y escapas:
Águila que persigue los frutos y las horas
en un lento estiaje de solsticios y eclipses.
Devuélveme la fruta feraz del paraíso
que gusté entre tus dientes
sin acíbar alguno;
aquella que, sin causa, me había sido prohibida.
Sangro sobre los cauces abiertos en mis ojos.
Sangro en el cáliz agrio que vertiste en mis venas.
Olvida la promesa del amor incumplido.

Es tiempo de sabernos de nuevo como siempre.
Sabed que hubo un tiempo
de dulcémele y júbilos;
un tiempo en que tuvimos la lluvia entre los labios
y bebimos sus aguas para besarnos sólo.

Razón de la alegría

Ahora la sed
me será leve, menos acre la herrumbre...

Eugenio Montale

De la sed ofendida con que atendí tu boca,
aún me queda el recuerdo, una luna de aulagas
que abrasan las palomas.
Aún me queda la nieve, el venero del agua,
mi paragustia tuya, el chanel de tu aroma,
tu cuerpo de arpillera
-apretada cintura de piel y nicociana-,
un pebetero blanco de amapolas eternas
donde me bebo el alma,
mi soledad a sorbos de miedo y de grosella.

Una espuma de besos esquilman las gaviotas.
Se rizan en tus labios milenarias caléndulas.
Un éxtasis de pájaros por los almendros cobra
un óbolo de adioses, un tributo de sueños,
mil negras golondrinas con los pechos de novia,
una sonrisa lánguida, dolores como espliego.

Íntima como un sauce de largas primaveras,
como un tronco amarillo de ayes y de escarcha,
como un liento crepúsculo, como un diente de acero,
te vas y me acaricias. Junto a mí. Desde dentro
de ti para encontrarte. Salirme de tu cuerpo
para verte de veras,
como un centauro torvo en un alfar de alas,
un trasiego de carne, un venablo de fuego.

Jaspe rojo, tu boca. Tu boca en mis entrañas.
Tu boca ya, tu boca. Tu boca, ya palabra.
Tu boca y las palomas: mis dos heridas blancas.

Apocalipsis

Voy a vivir. Sabedlo. Removed las arenas.
Aguardad a los peces en las blancas salinas.
No olvido. No renuncio. Acudid a mis alas.
Venid como la nieve al río de mi sangre.

Ved aquí mi tragedia. Éste es su apocalipsis.
El fiel fideicomiso de un tuero entre las brasas.
El íntimo unicornio de luz sobre la noche.
Vedla aquí escarnecida, ¡pobre espina del alma!,

arder entre las risas de un labio y de su espuma,
sumirse en la tediosa maraña del silencio,
fluir sobre las llamas, atónita, convulsa.

Vedla aquí demolida, rota, inmisericorde.
Vedla ya como un junco besado sin medida
en el último espasmo de mi amor que no muere.

Eterno retorno

Nosotros que no teníamos nada
le enseñaremos el sosiego.

Yorgos Seferis

Volvería al susurro dorado de la tarde,
a escanciar mariposas de seda
como aliagas.
En tus almiares, heno,
a beberte la sangre
con ese olor a mimbre, a jara de verano.
Te han crecido guirnaldas
como caprichos, rojas,
mojadas sobre el beso,
en el llanto nevado de tus muslos de bronce.
Enrédate en las algas de tus labios
y llora
porque sean corales tus lágrimas de mayo,
madreperla nerviosa
tu soledad de arcángel.
Volvería. No quemes tus mejillas de oro
con la ira quebrada de una duda
o un beso.
Volveré para siempre y tú me tendrás cerca
como un niño importuno, ahuecando tu sueño.
¿Me recuerdas? No tiembles.

Tu desnudez abriga mi dolor de romero.
Escóndete del beso que mis labios pronuncian,
porque la rosa es aire,
porque es agua la luna,
porque ya nace o muere tu sombra perseguida
como una vieja pena,
cansada de morir, siempre cansada.

Díscolo idioma

Lo sé, mujer. Lo sé cuando acaricias
mi cuerpo abacorado de razones,
de pájaros, de vientos, de glicinas.
No soy un dios. Lo sé. Ya me conoces.

Sé de la soledad, mujer -¡lo siento!-,
de ortigas y caballos montaraces,
de frías marionetas y silencios
hinchidos de cuchillas y cristales.

Ven a mi sangre, ven. Yo te conjuro.
Ven a mi tierra, ven. No te detengas.
Ven a mi amor feraz de sino oscuro.

Porque sé de dolor y de destierros.
Porque sé del amor y de su idioma,
ven a mi voz para acallarnos dentro.

Urgencia

Ven a mi sangre ahora.
Ven a esta tierra domeñada en lunas,
en alas concrescentes de céleres alondras.
Ven a este cuerpo mío trepidante de arañas,
a este cauce de nervios, sin agua, extenuante,
a este muro de zarzas, a este roce de cierzos.
Ven, ilusión o águila o nave a la deriva.
Ven a mi beso en ciernes,

a su leche de espumas.
Ven, naufragio infinito,
ven vulnerada, ven amanecida.
Ven a mi piel de alambres, de trémulas aulagas.
Ven ya. Zanja tus dudas.
Ven ya. Como te encuentres:
carne, en la arena, rota; mujer de ajadas jarcias.
¡Pero ven, sin demora! No des pábulo a treguas.
Yesca serán, desnudos,
tu cuerpo con mi cuerpo en una llamarada.

Clamor del paraíso

Sólo tu vientre temblará y entonces
mis gavilanes labios predicarán un sínodo en tus labios.
Sin ti todo es cerúleo,
espuma draconiana que draga entre los dientes.
Tú, único mar en sangre y a raudales
en que a beber se escapan otras cinturas vírgenes.
Vivísimo esplendor, gema rodante,
piedra angular del rito de los sueños,
dédalo en que Ariadna se destronza como cáliz o algalia,
ven, como dios espada con duro beso de cristal y bronce,
a despertar
el Sísifo dormido que, entre mis carnes, crece.

¡Oh, tú, ya ven! Sí, ven con vocálico miedo,
como acuden los pájaros de indómitas hespérides
con sus verdes manzanas de Tántalo o de oro.
Ven, cingulo, marfil, graal sagrado,
escapada paloma fugitiva,
adolescente grito de un cuerpo tenebroso,
pronunciado tal vez y sin conciencia por el amargo beso del
olvido.
Esencia pura, tú, súbita esencia,
corazón en los álamos deshecho,
envíame ya
anhélicos de sangre,
envíame en silencio tus otomanas naves sobre mis cruces
débiles.
Envíame tu amor, sea como humo,
como ruptura o tregua, como escarpia, como herida acezante.
Lánzame de esta tierra a otra tierra ignorada,
a navegar ocasos en las playas sin límites.

Ella

No profanéis su voz, tan nueva y fresca,
tan fuente de mi voz, tan tierra mía.
Tronzad la grama o yerba que ha tocado
el tallo de su pie y oiréis a oraje.
Porque ella es aire y agua en que respira
la densidad y el culmen de mi fuerza.
Ella es madera y flor, es toda sueño
y toda leche y mar. Su ser es vida.
Y es ala. Y es clamor. Sin ella nada
tiene sentido ya. Basta su vientre.

Vedla dormida aquí. Traed la llama
y acercad a sus labios vuestra pena.
Ella es la luz y el alba palidece
en tándem con el sol cuando me mira.
Es nardo y azafrán, caña y canela,
áloe e incienso es. Hermana y novia.
Y es tan niña en edad que hasta los pájaros
beben la plenitud del tiempo en ella.
No la dejéis llorar. Sabed que sangra
el corazón del mundo cuando llora.

Razón de ser

Hoy has nacido igual y tan distinta,
tan azul a los álamos y al bosque,
tan nueva de preguntas en los labios,
tan extraña, tan roja de gorriones.
Hoy has venido a mí con tanta pena,
con tanto mar y cálices y torres
que no he podido menos que dejarme
lastrar en tu ardimiento de limones.
Hoy has vencido, al fin, y me has llamado
amor desconocido, amante, bronce.
Hoy has sabido, al fin, que me querías
y has pronunciado, tímida, mi nombre.
Hoy la pasión ardió las caracolas

del pubis infantil a borbollones,
y te licuaste lívida en el río
entre mis dedos cálidos de cobre.
Hoy, al brillar tus ojos en la hierba,
en los adustos valles de algodones,
te ha sorprendido intacta la costumbre
desalentada y blanca de gamones.
Y has llegado hasta mí con tanta prisa,
tan cervical y arrogante como entonces
pero siendo mujer. Yo te esperaba
desde siglos atrás en que era hombre.

[Para ti este poema de amor inacabado]

La única poesía
es la que calla y aún ama este mundo.

Antonio Gamoneda

Para ti este poema de amor inacabado.
Para ti el primer verso
y su prístina lágrima vertida,
este rapto feral de ser en mayo
fruta frugal de espigas y palomas.
Para ti toda el ansia de este dios acezante
cuando ofrenda la vida su voz a lo debido,
cuando esparce la lluvia
sus pétalos al humo,
sus jirones de sangre.
Para ti mi palabra de sílabas suicidas,
mi silfo de delfines,
el deseo acallado por tu carne en mi vientre
y ese beso lentísimo que me aparta del mundo.
Sabrás de mi dolor -alas y polvo-
al saber de mi amor
porque te amo.

Deseo

Desnudé, al conocerte, en mis venas,

un deseo voraz, avezado,
un deseo de cuchillos redadiados
en mi carne de heridas abiertas.

Siento el ansia tenaz, impertérrita,
de vivir y morir a tu lado,
aunque Dios me previene y fracaso
al andar con sus cruces a cuestas.

Sin conciencia trepida caliente,
inefable, temoso, arrogante,
de mis labios de sal a mis sienes,

con un férvido ruido de sangre
que me arrastra sin freno a tu vientre,
el deseo desgarrado de amarte.

Hijo de mi razón

Tiempo y silencio. Voz cuanto más mía
más clama en mi dolor, más desespera.
Cuando del polvo naces, de la espera,
hacia la nada voy de las cenizas.

Tú rayo. Yo cristal crispado, ruina.
Rojo diamante tú. Yo oscura piedra.
Tú luz y cielo. Yo negror y tierra.
Tú cascada de lluvia. Yo sequía.

Cuando del polvo naces, de la nada,
amigo de mi muerte enamorado,
la furia que esgrimieron mis espadas

ya no luchan por mí. Que yo no existo.
Vivo y sueño por ti -¡ciego milagro!-,
hijo de mi razón, de mi ser hijo.

Al infinito

Volviendo al infinito.
Volviendo a las alturas donde todos los labios
ansiosamente temen besarse o acercarse.
Volviendo a los lejanos recuerdos que no vuelven.
Volviendo a los guijarros donde cava la noche
sus látigos de sangre:
la noche que se alarga con sus dedos silentes,
la noche que mis manos sedientas reconocen.

Volviendo a las palabras. Así viene la noche.
Así viene tu cuerpo redondo como un surco,
más dulce entre los ojos, sobre una nieve amarga.
¡Así! ¡Así! No vuelvas como una caracola.
No vuelvas al abismo abierto a cada paso.
Detén tu vuelo. Calla hasta que calle todo.

Volviendo a los arcanos, al caos del silencio
cuando me despertabas con tus dedos suaves,
en eclipses de besos, semidormido apenas.
Volviendo al infinito.
Volviendo a las pasiones estériles, te llamo.
Invoco con un nombre tu desnudez hermana,
el rito de los álamos, del pájaro, del beso.

No dudes de mis labios porque vendrá la noche:
la noche que trasmina como un puñal de cuarzo,
la noche de tijeras cruzadas en el alma,
la noche que profana tus versos y los míos.
Volviendo al infinito. ¡Hay Dios!
Escucha. Calla.
No apures el fracaso de haber nacido hombre.
No consumas en lluvias tu cuerpo azul de grama.

Volviendo al infinito.
¡Volviendo, sí! Volviendo
a la sirte plagada de algas y libélulas,
al belfo de los lobos,
a la mujer que amas,
¿qué más da si la muerte te acecha en cada abrazo?

Volviendo al infinito,
cualquiera es un buen día.
Volviendo a la impotencia,
volviendo a lo innombrable,
cualquier lugar es bueno, igual para morirse.

La región encendida

Epístola en Drimad

Dime tú,
si lo sabes,
qué patético sueño irisa mis pupilas de lobos y bestiarios.

Dime qué voz asorda mi voz contra lo oscuro.
Qué materia de fuego abrasa cada surco
donde alcanza mi ansia el tacto de otro tacto
o busca el sueño amargo que habita tras mi sueño.
¡Oh presciencia del alma donde yazgo conmigo,
donde besa mis ojos la acérrima dulzura
y unge con brea mis manos y mis pies y mi lengua!

Regrésame a tu nombre,
aquel que nos aunaba en los himnos sagrados,
aquel que pronunciábamos amantes de otro idioma.

¡Qué ha sido de los dioses que enjugaban tus labios con aroma
de algas,
de esta lírica rota de rosas y cenizas!

Dime tú dónde el alba,
la región encendida,
cómo hallar la manera que mis labios pronuncien sólo un beso
en tu boca.

Noche oscura del cuerpo

Acaso he de buscarte, dulce amante tristísima,
en el vuelo
o misterio de quien clama y no vence,
bajo la tierra dócil que invita a mansedumbre,
en el vaso de besos que consume la savia.

Acaso porque naces cerval sobre mi vientre,
cirro de sangre donde estalla un río,
labio de lluvia donde escora el mástil
de este bajel de huesos,
estás cerca
tan cerca que parece vivir una ventura,
tan íntima en la luz que desdibujas los signos de la muerte
cuando en lo oscuro acrece su memoria.

Por ti,
novia de adúcar, sándalo de pasión,
driza de yedra,
élitro de dolor, palor del alma,
bíblica soledad, ópalo dulce.

Por ti seré acento de la roca,
acento de la piedra malherida que canta eternamente en el
otero
frente al fragor del mar que nunca cesa.

Deja ya de esconderte como un niño desnudo por las cuevas del
templo.
Deja fluir el aire que remueve en mi boca aletadas amargas.
Déjate mansamente domeñar en el sueño
que me arrastra a otro sueño más lejano.

Dime de qué te sirve
que te ciñas
con sal a la cintura
un agallón de besos,
que te nieves el cutis de limón o de leche,
que te sueltes el pelo de la luna en el agua,
que te creas hermosa
si has de morir también.

Fática noche,
abrásala en esta calentura de mis ojos sin sol,
y habrá milagro.

La madrugada abre sus raíces
antes que tú, yacija de los nombres,
enmudezcas los cuerpos que tanto se han amado.

Lección de almatomía

Quiero decirte: Ven
y que no apague nadie nuestra boca de agua
o este líquido rojo de la sal en los labios.
Ven que allende en el humo nace como ceniza
el asedio de ausencia
donde aprendí del gozo, oro de soledad, pez acuciante.

Ven y dame noticia de este fúlgido amor en el naufragio,
amor desposeyéndome,
anunciando invisibles sus señales:
cirro, espadas o lengua, escarcha, álgido fuego,
llave del alma o himno de la fiebre.

Siento viva en el río la lluvia de tus lágrimas,
copher de vino dulce derramado en mi boca,
amante desolada desalándome en vida.

Vives porque te nombra,
bajo la tensa calma, mi pasión y mi sueño.
El tiempo o la palabra unge, laude y estigma,
los lenguajes de amor impronunciados.
En luz seré quien dome tus versátiles nervios,
aquel que infrinja el tacto en cuyo mar o sed se abisme el
mundo.

En el cenado bosque te busqué sin hallarte:
Prendida quedó el alma como un batik de lluvia
entre las ramazones del olvido.

La azul palabra de los días

Realmente nunca sabes cuándo llega la noche.
Te acecha en las esquinas de tu casa en penumbras,
se sube por tus sienes,
aviva en la memoria recuerdos inasibles,
se desgarran en arcanos y símbolos fatales.

Nunca sabes realmente cuál es la fecha, nunca
cuál la herida del sueño o el beso de la muerte,
porque nunca has tenido suficientes palabras
ni saber suficiente ni suficiente vida.
Detrás de las cenizas del amor se acrecientan
unos ojos oscuros dulces como el destierro,
unas manos de gasa con sus dedos de luto.

Tal vez has deseado que tu cuerpo no muera,
prevaler en la sombra mientras todo se abisma,
sentirte como un fénix sobre el mar de la noche.

Lentamente las horas devoran el susurro
del río envuelto en bruma;
acallan las orquestas aladas de los árboles,
el eco de las voces, el chasquido del rayo,
las campanas abiertas como zinnias de plata.

Lentamente la noche,
deshecha en la pavesa de un dios Bran de la aurora,
asume la impotencia de su rabia finita.

[Acaso no percibes]

Acaso no percibes
que las ondas del agua se pierden en tus ojos
y el mar también se acaba;
que tu sombra es más larga que tu propia figura
y tu sombra no es nada: humo, polvo, silencio
queda sobre los dioses que llamamos humanos.

Todo lo borra el agua cuando lame la arena.

¡Cómo puedes burlarte de la edad si amaneces
y naciendo ya muere un poco de ti mismo!

No hay nada que detenga la lujuria del tiempo.

Hay días en que mis versos son tristes y azarosos
y buscan como manos acariciar tu espalda.
Sólo tu voz alivia:
Del azul estás hecha.

Juntamente contigo
olvido la jornada fatal que no resiste
análisis ni leyes.

En ti, por ti pervivo, anclado a la marea
donde quieras llevarme,
porque sólo a tu lado,
asido a tu cintura, a tu pecho, a tu vientre,
he soñado en un cielo donde el tiempo no existe.

Vitral

Te derramaste azul sobre mis ojos
como el azúcar ebrio del granizo
besa las azucenas. Y era invierno.

Te quise añil bajo mi vientre oscuro:
en el fragor, mis miembros, tu avaricia,
el estertor de alas sobre el cuerpo.

No existe nieve, mar, cristal, rocío
capaz de guarecerme de esa llama.
Cercado estoy, mujer, en tu universo.

Lenguajes

En ti hemos aprendido la lengua de los pájaros,
a adivinar la alquimia del amor como un fruto,
la saliva en el agua
y la muerte innombrable en los labios mortales de la vida.
En ti hemos exaudido los fonemas del júbilo,
los salinos de la sangre, las espinas del cierzo,
y en nuestro cuerpo habita, fuego y luz, tu palabra.

He aprendido a vivirte intensamente
como quien ya no sabe
más que besar o amar tu cuerpo en sombra
y no me da vergüenza confesar
que estoy vivo,
que vivo resistiendo los instantes penúltimos,
 el torvo pulso airado,
 el roce de quien calla,
 de quien ya no florece
y se atreve a pedirme que en el viento lo nombre.

Yo he nacido viviendo para vivir y nazco
en cada flor y fruto, bajo el sol y su alfanje.

¡Oh corazón de noria que me has dado la vida,
devuélveme ese sueño y la fe con tus labios!
¡Oh trigo a manos llenas, alimento del aire,
no voy a lamentarme de vivir, de haber sido;
no voy a permitirme el rigor de olvidarte,
el riesgo de vivirte, la pasión con que amo!

Aún espero la lluvia que consuma en tus ojos,
adormidos y dulces, los vestigios del fuego.
La leyenda de nieve a orillas de mi alma,
los ecos de la espuma, el incendio en la hierba.

Tal vez porque el amor sorprende en vilo,
como el dolor, aunque su luz nos duela.

Testamento de amor sobre las playas de Baética

Creo en tu amor.
Me guías en lo oscuro.
Son polvo azul las leyes que pronuncias.
El corazón teñido de lenguajes habla de ti sin conocerte
apenas.
Laude y rabel.
En él un himno crece, un canto nuevo, el mar de una saloma,
aunque de ajenas voces se ensordezca el huracán de un dios y
su aleluya.
Nace a la luz y, en desbandada, el río
arrastra la penumbra de los labios en el hondón de cálices
sediento.
Oye el clamor. ¿Acaso no has sentido este furor de cal
abriendo huecos entre los blancos huesos de tu vientre?
Roto,
febril,
exhausto,
lábil,
débil,
amanecido en piedra y sal y sarro,
desgajado en tu carne y aterido.
Huella de la memoria, amarga lágrima,
me urge a vivir, puñal de herida leve,
enemigo del sueño que me nombra siervo de tu dolencia y mi
locura.

Creo en tu amor.
Mi sangre trasparece licuada en luz
y en soledad mi carne encandeciendo sombras y presencias.
Voy hacia ti.
No dudo.
No vacilo.
Tu cuerpo es el cristal que nunca miente,
la roca que me ampara,
la lámpara de aceite que me alumbraba.
Siervo y señor, desnudo a ti me acojo.
Hierba en tu piel o briza de tu cólera.
Agua para tu sed o terne láudano para el cordel de aristas del
olvido.
No hay soledad.
No hay cerco de tiniebla ni niebla o rejalgos
que no se esfume en el carbón ardido de tu aliento.
Firme es tu pie.

Proclamo tu dominio.
Amable es tu poder.
Yute, viniebla.
Condúceme hacia ti, cae la tarde.

Creo en tu amor.
En él me siento puro.
Devanado en el fuego de su historia.
Lienzo en el infinito de la albura.
Honda y broquel.
Escudo de mi fuerza.
Él tensa el arco de mi brazo,
el bronce que mi diestra cansada no sostiene.
Llama en el mar.
Deshielo son tus labios.
Brasa en el frío pez. Río en la piedra.
Cáliz del corazón que se desangra.
Muerto el amor, tu amor me da la vida.
Me defiende del águila en la noche.
Del jugo del panal coima mi boca.
Si sombra o pez.
Si oscura mi mirada muda en hachones rojos todo el cielo
y en el fulgor del rayo me ilumina.

Creo en tu amor.
Me libras de la cera, el corazón; y el alma, de la espada.
Besas mi piel.
Y ciñes mi cabeza.
Y en tus entrañas halla mi semilla
el surco arado donde alienta el cuerpo,
donde renace bajo las estrellas.
¿Qué he de temer?
Conduces mi cayado por tenebrosos valles y senderos.
Y donde estoy estás buscando asilo.
Vienes a mí, enfermo, extenuado.
Vestido de sayal, ebrio de fiebre.
Llaga sobre las llagas de mi lengua.
Cilla y algar, me asubias del granizo.
Unges con casia el trigo de mi cuerpo y con miel de la peña me
complaces.
Pan de aleda, mi pan ya no es ceniza ni la bebida mezclo con
las lágrimas.
Bajo tu carpa aguardas mi regreso.

Creo en tu amor.
De agua son tus flechas.
De oro los cilicios que me ciñen.

De seda ocal el sirgo que me ahoga.
Yerto en dolor es fiel hasta la herida.
Aunque me aseste el yáculo y el dardo la oscuridad más terne
del olvido.
Vino, aguamiel y crema de mi boca.
Lengua de orín deviene como nieve.
Lluvia de sal más dulce que jalea.
Fruto de olor, aceite es tu palabra.
Orgullo de mi boca es tu arrebató y la impiadosa cava de tu
vientre.

Creo en tu amor.
Me arroja al precipicio.
Es el clamor del mar quien me devuelve,
con el vigor de un dios,
cuánto te amo.

Amor más poderoso que la vida

Ella camina en sombras, ciega a la luz, y ríe.
Su corazón entonces es una oscura piedra
que un racimo de lluvias bruñe bajo su carne.
Ella conoce el mar y la palabra
aunque jamás pronuncia su humedad y su ruido.
Cuando los ríos crecen y la angustia proclama
su condición de géiser,
me ilumina,
me avisa del guijarro que se cierne en mis ojos,
me alerta de los surcos donde el miedo nos hiere.

Un hombre está mirando,
abierto en el dolor pequeño
y hondo
de vivir, a quien llega,
con sus ansias azules, a vendimiarle el alma.

Un hombre está mirando a una mujer que toca
con sus manos la lumbre.
Ella ríe y no cesa de beber en la sal que deja el beso
con un río de plata por la sangre.
Y me mira y percibe la oscuridad que arrastro desde antiguo
con el vacío de Dios en la mirada.

Hemos reconocido en este eterno cielo de mirar y mirarnos
que ni la vida puede abatir con sus garfios amor tan poderoso.

Rival

A veces sólo siento que la vida
es un lento cansancio de uno mismo.

Aguanto un esqueleto de cólera en mis ojos
para no suplicar.
Me yergo.
Yazgo.
Salta a la luz un río en tu mirada.

Después de tanto andar,
me falta el tiempo
y la sed
y el secreto
resplandor que auguraba
el hecho de vivir sin haber sido.
Os juro que he guardado
la promesa de serme
fiel hasta la locura.
Más allá de mí mismo me ha llevado
este afán por la vida,
huella de la razón, ceniza en brasas.
Así será: lo merecido queda
bajo la piel cerrada de los otros,
de lo que se perdió por escondido,
de lo que se olvidó por entregado.

Sabedme aquí, heridas ya las alas.
Sangrante en el dolor que aún anuncia
un corazón de luz marcado a fuego.

Llueve

Llueve desde mi corazón hasta la herida
cuando ronda el dolor que nos devuelve
la mirada de aquellos que un día fuimos.

Llueve en la luz y en la negrura llueve
sobre cuerpos desnudos que no amamos
sino en la soledad de las estrellas.

Il pleut, il pleut, il pleut,
la piel me grita
como sierpe de niebla sobre el pecho
que nos embriaga con su cáliz rojo
en un mínimo instante de belleza.

Llueve mi soledad sobre los campos
a los que amé feraces, sin conciencia,
en el lugar donde el amor contuvo
tanto deseo plural y tantas ansias.

Llueve en mi voz ausencia, nácar frío,
alimentando el alba de los pájaros
en el oscuro ciclo del invierno.

Llueve para que no someta el polvo
a la razón, ni el oro a la tristeza.

Llueve sin compasión en la memoria,
sobre el anónimo de un esqueleto,
sobre ti y el extraño nacimiento
infructuoso y diario de mí mismo.

Ruleta

He salido a la calle
tendiendo una sonrisa
con un río de savia brotándome en los labios,
y ha rodado su chispa de cristal

y su agua
borbollando en el seco ejido de la acera.

He salido a la calle
y mis manos ardientes
han prendido su lumbre sobre unos ojos claros, brasa viva en
el hambre
del hombre que me niega
un brasero o un labio donde encender el fuego.

He salido a la calle con el viento solano
como un álamo libre acreciendo en el aire:
mástil, el pensamiento
donde el cuerpo se arriesga
y contra todo orden sueña su mundo aparte.

He salido a la calle.
En la piel aún se agita ¡pobre niño indefenso!
el severo coraje de beberme la vida.
Si hurga Dios todavía en la orilla del pecho
aquella flor marchita grana como un tesoro.

He salido a la calle,
una tarde cualquiera,
vestido de payaso,
bufón, juglar, idiota,
a ver si encuentro a alguien
que, por besos o risas,
sin que le cueste mucho,
quiera prestarme el alma.

Émulos de Kandinsky

Es atrevido y no conoce el miedo.
Cree haber heredado la consigna
de los héroes y el signo
de la eterna existencia.

Hay días en que parece
un joven dios caído de la noche

a quien el tiempo unge
con aromas sagrados.

Sabe bien lo que quiere.
Ama a deshora.
El coraje germina en su garganta.
A veces interroga. Huele a cera
y entre las piernas el sudor le crece.

Suele temblar herido entre mis manos.
Tunde sin voz como un volcán dormido,
oscuro manantial de sangre y fuego.

Ya lo he visto besar.
Borra las huellas
en el seno de cal de la cintura.

Y hasta sé que me observa,
contrariado y nervioso,
como a un curioso resto de pintura rupestre.

Tiempo sin voz

La culpa es tan tuya como mía

F. Kafka

A fin de cuentas
todo vale nada
y hasta la luz, el pan y nuestros nombres
florece marchitándose.
Tan sórdido, el silencio como el ruido:
la música o la ausencia de los labios
pronunciando o callándose palabras.

A fin de cuentas
nada vale nada

en el instante mismo en que se olvida.

Recíproco abandono

Sabes que me has herido,
Señor, con el pecado
la blanca juventud de mi inocencia.
¡Qué negro fue el olvido,
el pozo innominado
donde enjugaste amarga mi experiencia!

Un surco de amargura
me abrió como una llaga
un piélago de sombras que ignoraste.
No sé bien qué locura
me cegó, ni qué daga, ni por qué, mi Señor,
me abandonaste.

Me dejaste perdido,
roto el entendimiento,
hacia un odio brutal fui conminado.
Sin vivir he vivido.
No sé si me arrepiento.
¿Por qué, mi Dios, por qué te he abandonado?

Trasluz en negativo

Deshabitado vivo
en liza con la luz y la palabra,
buscándome sin tregua
y hallándome desnudo
en el oscuro sueño de la muerte.

Máscara

Hoy tampoco he podido airear estas alas,
anunciar a los hombres sin paz
que en mi piel vive
el miedo,
ruiseñor de oscuro trino
sangrando entre las hojas del silencio.

Hoy tampoco he sabido negar,
descorazarme
de este orgullo de sarro donde nada germina,
de esta risa venial que nunca colma,
de este añico de aliento
que escarbando en el otro
sin espacio se muere.

Hoy volveré a morderme el fruto de los labios;
a callar
-cuerpo a cuerpo en un pozo de niebla-
que no es mejor un hombre que otro hombre desnudo
porque aquél bebe un cáliz de gloria o de dinero.

Naufragio

Aún pungen los restos de aquel naufragio íntimo
y su lastre de plomo abarrando las alas,
sujetando bridones de oraje y coronando
el baldón de las lágrimas,
la cruz de la costumbre.

Aún me duele la pena de no haberme guardado
de tanta necedad y tanto cieno,
arcángel mancillado sobre las aguas nobles
de una ciudad dormida
que adolece.

No he podido y lo siento
desmentir al que engaña,
revivir al que sufre con un agua de nieve,
verter en su mirada lo mejor que aún me queda
en el pozo sin fondo de la fe de mí mismo.

Y de no haberme puesto por montera este mundo
que me obligó a pagar severamente
un puñado de hiel por la inocencia.

Ciego discurso humano

¿Seremos otra vez como aquel beso
que avivó dos miradas al abrazo?
¿Dos cuerpos solitarios que se estrechan
en el vasto silencio de la sombra
para afrontar el golpe del destino?
¿Ese pesar o garra que nos hurta
la plenitud de haber nacido humanos
con el mortal rejón y el alma presa?

Y a qué saber si el tiempo será el único
dios, que jamás se ocupa de nosotros.
O dónde está la tierra prometida
cuyo clamor en el dolor nos nombra.

Amanecida la palabra surte
y el verso ahoga un manantial de plata
con el agua de cera de la ausencia.
La lluvia en el jardín aviva aromas
de romero en la piel, de un sueño roto
en cristales quebrados de tristeza.
La noria, el río, la adelfa, los clarines
en el graznar de oro de los álamos,
su deshecha oración de hojas volteadas
sobre el durmiente polvo de la vida.
El silencio sonoro de los bosques
y su torrente alado de plegarias.
¿Todo será espejo del pasado,
calina, bruma, niebla en nuestros ojos?

Hoy sirvo aquí a los placeres.

Ebrios
mi corazón y mi razón acuerdan

el resplandor y el cieno de las horas:
su lenta lid de hostiles mansedumbres,
su comunión de ledas soledades.

¿Cómo alcanzar el límite del vino
o la justeza de la sangre ardiendo
sobre la rosa de los días agraces?

¿Cómo vivir el miedo que nos deja
abarrados y yertos sobre el agua
mientras el gris escualo nos devora?

¿Quién nos fuerza a frenar el sabio instinto?

¿Dónde la contraley que nos obliga
a desoír tanta pasión y hambre
cuando el pan y el amor andan sobrados
en cada piel y en cada boca abierta?

Basta de ser contrario a lo que somos.
No quiero ver a tantos hombres vivos
andar sin fe tras sus amores muertos.

La música callada

Deja crecer tu sangre,
que se vaya esparciendo en otros labios,
que su sonido abierto como un río
florezca entre las lágrimas
y nos anegue el alma con esa brisa nueva
a la que al fin la vida nos empuja.

Deja que el fuego avive
el ruido de las horas
encendiendo en el tiempo
un clamor que ya es tuyo.

Y déjate vivir.

Ven a saberte,
a que fluya el tañido del mar entre tus venas
aunque sus olas grises sean ajenas al hombre.

No te resignes.
Vive.
Su voz en tus oídos suena a brisa y a palpito.

En el vértigo deja que se extienda
tu cuerpo a la intemperie
para que allí propague la luz su piel ardida,
y estalle allí su sangre mordida de silencios
y te invada con furia su música callada.

Hombre solo

Camina un hombre solo, desatada
la cinta del vestido en los ramales.
Se agitan en su carne viscerales
deseos, como sierpe acorralada.

No ignora que su cuerpo es la celada
de trasgos y de espíritus mortales.
El aire tiembla activo; y ancestrales
memorias le revienen de la nada.

Juguete entre los brazos del destino,
el hombre es un modelo inacabado,
principio y luz final ¿de qué camino?

Mis manos delatorias de esta ausencia
suscriben el dolor: Muero callado.
¡Qué cruel es el pesar si se silencia!

Marea

De lluvia en lluvia el hombre
tiende su piel. La tunde.
Orea el pecho lazado con esquiras de niebla,
sus pájaros de humo.

Deslavazado, astilla
bajo el agua y la sangre, sella su historia amarga
y una piedra lo alumbra.

El légamo lo empapa con sus besos de sombra.
Arde su carne viva
velada tras un sueño de crisol y de yedra.

Se reconoce fuego
en la llama finita de otros ojos.
Cendra, magma, ceniza
bajo el tiempo inflamable.

Canto del desposeído

Ajeno a la palabra que te nombra o te busca,
al sordo pensamiento,
a la sombra del hombre.
Después de haber probado las delicias más dulces
y el dolor de saberte ceniza en lo gozado.

Ajeno a quien me habla y me escucha
y me mide
por mis gestos y manos, mi palabra o mi acento.
Ajeno a toda historia,
incluso a la que sabe
de mis íntimos lances de amor, pasión y olvido.

Ajeno a quien me obliga a ser de otra manera
cumpliendo el deber sacro de conocerme entero.
Ajeno porque nada del mundo te posee.
Ni eres dueño de nada.
Ni nadie te hace sombra.
Ni para nadie eres la luz en el camino.

Ajeno a las caricias del dolor, del oscuro
consejo que la vida nos augura o nos dicta,
ausente,
¡solo!
Solo,
como un héroe esperando
el laurel en las sienes o el acero en la carne.

Ajeno a las mentiras de las voces profanas,
a la dulce lisonja
¡oh, cántaro de nieve!,
al tañido de harpas,
al silbo de serpientes
en las cuevas profundas de la piel y la rabia.

Ajeno siempre ajeno,
como soñaste un día,
desvistiéndote el alma, la palabra, los besos;
caminando desnudo,
a la vista de todos,
carne fértil del alba, vino y pan de la luna.

Ajeno, siempre ajeno, sin padres y sin hijos,
sin temor a la lluvia de la mujer amada.
Ajeno a la materia de la pena y del gozo;
y en esta paz
sereno
y fieramente humano.

Naufragio infinito

A veces, hombre, olvidas
que has de morirte.

Entonces
vibra ronca en la lluvia el ala de la muerte,
con sínodos de pájaros acude a tus oídos,
en las ramas del sueño prende sus negras luces
y vierte en las raíces sus oscuras palabras.

A veces, hombre, olvidas
que la vida te vence;
que otros hombres alumbran
por los ojos lascados
donde tú ya no habitas
y pronuncian tu nombre
con lenguaje de amor jamás escrito.

Mapa físico

Anónimo

He vertido mi sangre sobre el puente de un río
con sus líquidas puntas de dolor y de hastío.

He sentido la muerte susurrar a mi espalda
robándome los sueños, los besos, las palabras.

Me he desplomado solo, casi sin darme cuenta,
un tosco monumento de vida y de miseria.

Me he derrumbado triste sobre la tierra fría
y he llorado en silencio mi humilde cobardía.

Si me cegó el orgullo, cayó la fosa oscura
donde sólo baladra el can de la amargura.

Sé que roto este hilo de mi leve existencia
no quedará ni sombra, ni piedra sobre piedra.

Amigos

(Cáceres, 25 años después)

Hoy me cuesta entender que mis amigos
no confundan las alas con los besos
y debelen la llama de sus cuerpos
como si nada hubiera acontecido.

Hoy me cuesta creer que sean los mismos
que, burlando la máscara del sueño,
conquistaron el mar, la noche, en cueros,
sin cumplir el más leve compromiso.

¡Quién me iba a decir que habría de verlos,
fieros antes de amor y ansias de lucha,
rotos por el dolor, yertos de angustia,
con un grumo de sal en el aliento!

¡Quién iba a adivinar en su mirada
ese rudo rodar de la agonía
que acabaría volviéndolos tan viejos;
y ese silencio hollando sus palabras,
su penetrable luz, su claro acento!

Ellos que tantas veces han jurado
malvivir con harapos y desnudos
antes de sucumbir a cualquier precio.
Siento que el necio afán haya acabado
por mudar en gris humo tanto fuego.

Retribución

Vine dispuesto a amar sin condiciones,
a ofrendarme sin sombras a la vida,
a remover el hielo de la herida
y a beberme su jugo de aflicciones.

Vine dispuesto a amar, a darme en dones,
a entregarme sin causa y sin medida,
y los hombres supieron enseguida
cómo enturbiar mis limpias intenciones.

Sembraron mi semilla entre la granza;
mudaron mi virtud en podredumbre
y, en tinieblas, la luz de mi esperanza.

Arrojaron a aquella muchedumbre,
famélica de sangre y de venganza,
mi corazón sereno y sin herrumbre.

A traición

Si un día se nos apaga sobre el amigo roto
un sol de moras
y la lluvia despierta en nuestros ojos
resplandores agraces de tristeza,
sueños quebrados, briznas en los dedos...
¿sabremos regresar a nuestro origen
con la misma luz nidia
del corazón
alfándose en los montes,
anunciando el abismo
mortal del tiempo, el oro
dormido en los vencejos,
fe, taxidermia, flor de escarcha, cimbria,
árbol de bruma, luz de invierno y hambre?

¿O quizás el dolor nos hunda en barro
y consuma la risa derretida
como amarilla cenra de silencio?

¿Será negra la luz?
¿Besará el miedo las olas de la sangre?

La muerte es una roca de durísimo acento
atraída al olvido virgen de una mirada,

y te redaralia, garduña, con sus garras de sombra
al primer desaliento
que se enhebra en tus labios.

¿Por qué contigo, amigo, grato amigo del alma,
posesión infinita,
el nombre que alimento,
vana luz que te aleja cuanto más te aproxima?

Tu silencio no es dulce,
prieto
como la piedra
derramada en el ápex de una granada roja,
una soga de sirgo,
tal vez la que me prende
y te ata y mahiere tantas huellas de plata.

¡Qué más da si la muerte se enreda sin aviso
entre las alas líquidas de un caballo de alambre!

¡Si crece como araña amorosa de espuma
inflamada en los ojos y el corazón y el vientre!

¡Qué más da si en el alba ya no cantan los pájaros
o el amor es leyenda de los cuerpos y el gozo!

¿Dónde estás -me pregunto-, dónde?, que nada queda
sino un vacío de rabia en que medra la noche.

Tu muerte me reaviva contra todo presagio,
sospecha, paradoja, premisa, conjetura,
y me advierte colándose, fiel y aciago enemigo,
en la piel y en la sangre, esas febles fronteras.

Y en lugar de quedarme ahíto a la intemperie
por el agrio alimento de la sal y las lágrimas
me lanzo a la aventura de beberme la vida,
a embriagarme en el brindis ya seco de tu ausencia,
para que me contemple la muerte, enamorado,
y me halle pleno y vivo
con tu dolor adentro.

Nocturno

I

Dime, Dios,
tú que siembras
misterios en mis ojos,
surcos de estrellas rotas,
fulgor de fuegos fatuos.

Di qué amargor gravita,
qué cieno de carámbanos,
en este cáliz agrio
donde mis labios beben.

Y dime, Dios,
qué anémona,
qué cruz ha de ser mía,
mía qué voz,
qué lágrima de hiel
que reverbera,
mía qué paz,
qué ansia
como esquirra de lluvia.

II

Es torpe el corazón,
piedra en el oro,
ajado pedernal sobre la espuma,
siempre en hervor de luz,
en humo, en fuego.
Pero es mi corazón
y su memoria
en la zarpa mortal
de algún olvido
habrá sido feliz.

Nocturno frío:
yo, él y Dios,
un único universo.

Dime tú, Dios, ¡mi Dios!,
que no he sabido
con toda mi retórica
más que besar sus labios,
más que abrazar su piel
hasta abrasarme.

Lo siento, joven dios,
que me interrogas,
barro mortal
entre mis torpes manos,
también papá,
lector de tantos libros,
ignora qué puñetas es la vida.

Aprendiz de sabiduría

Sabes que el nacimiento duele más que la muerte.
Que nos consume el légamo de las necesidades.
Que el amor es un orden para dioses con suerte.

Sabes que desfallece en la distancia
la amistad si el amigo
deja tu corazón sobre las brasas.

Sabes que las palabras son flores en el viento:
si nadie las pronuncia, se marchitan.

Sabes que nuestras vidas son luces de un momento,
hojas en un paisaje.
Que nadie vive ajeno al día del fracaso
ni una noche de gloria es más digno equipaje.

Sabes que ser valiente te vacía

del amor y el dolor, de cuanto quieres,
de cada sorbo amargo de la vida.

Todo llega hasta ti. Todo se evade.
Es la dura verdad: cuanto más vivas,
más cerca te sabrás del ignorante.

Regreso a Asipoe

Presiento que, de nuevo,
vendrá la sombra amarga
del poema a mi lado
y verterá en silencio
su agonía de sangre
en mi cuerpo de barro.

¡Cuántos días de hombre
soportando la ausencia
de su dulce arrebató!
¡Cuántas ansias pendientes
de su oscuro latido,
de su gélido abrazo!

Sorbo a sorbo esta vida
al paso de las horas
he ido consumando:
el eterno reflejo
de una triste sonrisa
mi pesar ha callado.

Hoy me entrego de nuevo,
repudiando el olvido,
al dolor de sus labios
y me bebo en los besos
las rosas, los espinos
que brotan de sus manos.

Aunque venga de nuevo
como cruel enemigo
a cubrirme de harapos,

que hunda sus palabras
en mis ojos reseco
de llorar y esperarlo.

Señas de identidad

Pondré mi corazón encarrujado
en la brasa de sol de la garganta
para verterlo vino entre tus labios.

La música desgarrar mis palabras
como esguinces de luz, y el pensamiento
en soledad me funde y me separa.

Soy ceniza de brasa de algún cuerpo
que sin razón se arde y se revela
roto en el grito estéril de su miedo.

Una sombra de nadie que se aleja
deja, al pasar, el tacto de la tarde
en el espejo claro de la alberca.

Nace un deseo abierto en el instante,
un soplo entre la piedra calcinada,
un rastro de pasión sobre la carne.

Soy sólo al fin la piel de la guadaña
que lleva como rúbrica mi nombre
en el delgado filo de la espada.

Después de todo, nada que me asombre
viene a beberse el ansia que proclamo
en este estrecho corazón de hombre.

El peregrino

Aunque haya cuerpos transparentes
como la inmensidad de los océanos,
cuerpos que se confunden con la lluvia
en el acento de las tardes pálidas,
cuerpos tenaces resistiendo el gozo
y el dolor de nacer,
cuerpos sin cuerpo
avanzando en el lienzo de la sombra,
ya no somos la estirpe de los dioses,
y no calma la sed que ayer ungía
la finitud del agua entre las manos.

Tal vez sea verdad:
la piedra canta
si en su seno renace una sirena,
si en el airado beso de unos labios
arde feraz la escarcha de deseo.

No es de esta tierra el joven peregrino
que después del amor no dejó lastre,
aquel que se detuvo contemplando
la claridad del sol en el sendero
sin estorbar el rumbo de los otros,
el que bordado hasta la sien de sangre
nunca fue la cadena de otro cuerpo
ni su liberador
ni su cobaya.

El legado de arcilla

Oficio de escribir

Escribo ser como si escribo nada,
con la sangre apretada por un puño
creciendo sobre el hueco de la carne.

Escribo amor como si escribo lluvia

para saberme vivo y que tú existes
en el húmedo adiós del horizonte.

Escribo paz como si escribo llanto,
sé que la sed del labio no contiene
tanto dolor de un hombre a la deriva.

Escribo Dios como si escribo muerte
para saberme aquí, que no estoy solo,
que funde el mar mi voz en lo infinito.

Juegos de azar

Pides audiencia.
Gimes.
Hueles a naftalina y a ginebra.
Mascas mi desamor. Raes los besos.
Bebo angustia de sal sobre tus labios.

Hay poco que decir.
Cuando te fuiste,
dejaste hachas de luz.
Bajo mi vientre, un hueco de cristal.
¿Ya no te acuerdas?

Me llamaste infeliz,
poeta loco
sin futuro ni gloria
malhadado,
carne del mundanal cuerpo del mundo.

Hoy acudes a mí, besas mis manos,
abierto el corazón dulce la lengua.

Crees que es posible,
¡dios!,
secar la herida,
el reguero de odio,
el vino agrio,

el volcán limonado de las sábanas.

Lo siento, amor.
El tiempo te devuelve
todo el desprecio aquel que no enjugaste.

Jardín secreto

Deja que me diluya por tu espalda
en el fulvo sendero que inaugura
una herida creciente
alborotada
similar a una mora de verano.

Déjame andar, amiga, los alcores
de un cerrado jardín, solo, en secreto,
que humedezca su savia de palomas,
me hunda en el pilón,
tunda su hierba.

Una punta de miel busca tu gozo.
Pronúnciame en la luz, en llama viva.
Dame a beber tu sed, tu vulva y boca,
el sabor de tu sangre que me quema.

Y quede de los cuerpos sólo el agua
cuando el amor nos halle en el olvido,
en la margen del tiempo, enmarañados.

Materia y forma

Que tú me digas que ese niño nace
colgado al vientre como piedra suelta
en el vasto desierto de la vida
me vale lo que valen las palabras
pronunciadas al aire sin respuesta.

Que tú me digas que amistad es hambre
o cuchillo de miel o agraz ternura
no me vale, mujer, ya sé qué piensas
que es torpe la pasión que no se halla
en el vértice astral de tu cintura.

Que tú me digas que el amor lo es todo,
redención y dolor, fuego y escarcha,
la razón y la fe, salud y herida
ya no me vale en este mundo aparte
de promesas y frases desgastadas.

Que me digas que un dios venció la guerra
con clavos y con cruces de martirio
no me vale, mujer, pues aquí siento
un cruento fratricidio derramando
la sangre en cada vado del camino.

Que tú me digas que la muerte salva
no me vale, mujer, ya no me vale
que sé que hasta muriendo luchan hombres
cargados de asperezas en la nuca
y abriéndose en columnas vertebrales.

Que me digas que el vacío no es miedo
cuando tunde el silencio de la nada
no me vale mujer, si seré polvo,
ceniza, soledad, ruina de huesos,
hoja seca en el pasto de las llamas.

Mas si quieres, mujer, ser en un cuerpo,
que mi semen de luz siembre tu vida
y me alumbre tu amor en este instante,
todo sobra, mujer, mientras nos salve
un efluvio vital de adrenalina.

[Al amor, al dolor has venido]

Al amor, al dolor has venido.
Al dolor y al amor. Como el viento.
Al amor como un corzo sediento.
Al dolor como un niño aterido.

En tus labios la calma has traído;
con la furia de un dios, el tormento.
A morir y a vivir sin aliento.
A vivir y a morir sin olvido.

Al amor, a su fruto maduro
avezado a la piel de la boca
como sorbo de olíbano puro.

Al dolor, al fragor de la roca,
al infame terror de lo oscuro
que a tu muerte mi muerte convoca.

[A riesgo del amor, aunque me mate]

A riesgo del amor, aunque me mate
la cáustica violencia de la vida
me enfrento en soledad y lenta herida
al yugo de dolor que nos abate.

A riesgo de morir en el combate,
te ofrendo el corazón, el alma ardida,
sabiéndome mortal, cumbre rendida
al sórdido rejón que la remate.

Iré donde me lleves: sima o sierra.
Hasta el gozo del fuego a la nevada
de la pena sin fin. En paz o en guerra

tendré, donde la tengas, mi morada.
Y si es que está en el fondo de la tierra,
allí habremos de ser menos que nada.

Manifiesto

Como la tierra moja las raíces
sobre las que el ailanto se levanta
y fecunda la espiga solidaria
con su semen de oro y aspereza,
te he querido.

Como la luz que alumbra a la deriva
la oscuridad de cobre de mi cuerpo
y ese oscuro temblor de no encontrarme
más allá de la nada,
te he querido.

Como la lluvia roja sobre el pecho
o la intensa inocencia de los jóvenes
con la saliva lívida en los labios,
te he querido.

Más allá del amor y de la noche,
en el vientre de liquen de la rabia,
en los ríos febriles de la brisa y el beso,
deseándote más que a la vida
y temiendo tu ausencia más que la negra muerte,
te he querido.

Como piadoso bálsamo en la herida
de la paz que no llega
y el luminoso hallazgo del gozo y la palabra,
te he querido, amor,
tanto
te he querido
-y te quiero-
que para mí no existe en este mundo
nadie
así tú
que enciendes la alegría
en el oscuro cieno de las lágrimas.

Credenciales

Viviendo la inefable costumbre de olvidar
la imagen dolorida del ser y sus desórdenes
donde toda cadencia resuena a viejos odres
y a cardumen de piedras el resuello del mar.

Sufriendo la existencia de este cuerpo fugaz
que, al modo de mi vida, se deslíe en las horas:
tristes peces airados al carel de las olas
invocando otros himnos de corales y sal.

Huyendo de la escoria de los necios rencores,
de la furia de plata, del oro de la cólera,
marcado por la herida de todos los errores,

me bato contra el labio de hielo de tu boca

que en el sueño me vence y en el llanto me acorre
y me busca en secreto y sin ruido me nombra.

Ajeno a ti, a mí mismo, a la infame fortuna
que un día nos encumbra como dios, como ala,
y a la tarde siguiente nos abate y nos calla
en estado inestable de bonheur y locura.

Ajeno a lo que existe, sin saber por qué naces,
por qué mueres o sueñas, te aman o te envidian,
por qué el destino oscuro te premia o te castiga
si entregándote a todo, contra todo te bates.

Ajeno a las palabras ardidadas que fundieron
mi voz en vino y carne, tu voz al rojo vivo.

Y ajeno a las miserias de todos los deseos,

seré por las cavernas cerradas del olvido
servil enamorado de tu piel, meseguero
de tu mies y, en tus brazos, eterno peregrino.

Ícaro

Si me amas proclamo
lo que dicta
la voz del corazón:
ese ardimiento,
ese fulgor de brasas en el aire,
ese cuerpo febril roto en el agua,
esa líquida sombra de la muerte.

No llego a comprender por qué la vida
pone cercos de cal a las pasiones,
por qué una lluvia débil
impide que alcancemos
nuestro rumbo hacia el sol.
Fatal designio.

Al fin me anegó el mar.
Fundió la lava
mis alas en tu fe, y en ti mi sueño.
Aspirabas tan alto,
al infinito.
Yo apenas si rozaba el vuelo de las nubes.

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario

